

Aquiles. Para decir verdad, no hay aquí ningún interés dramático, sino solamente cinco ó seis figuras de jóvenes desnudos, dos mujeres vestidas en el centro y dos viejos en los rincones. Cada cuerpo, como es hermoso y vivo, interesa bastante por sí solo; la acción es secundaria, el grupo no está allí para representarla, sino solamente para ligar el grupo. Se pasa de una linda joven vestida á un bello joven desnudo y después á un hermoso viejo sentado: he aquí toda la intención del artista. Debió gustar entonces el ver un cuerpo inclinado, después un brazo levantado, después un tronco firmemente asentado sobre los dos muslos.

Es cierto que esto se halla á una distancia inmensa de nuestras costumbres. Si estamos preparados hoy día para algún arte, no es en verdad para el estatuario ni aun para la gran pintura, sino todo lo más para la pintura de paisaje ó de costumbres, y mejor aún para la novela, para la poesía y la música.

Puesto que me atrevo á hablar sin rodeos y decir las cosas como las siento, mi parecer decidido es que el gran cambio de la historia es el advenimiento del pantalón: todos los bárbaros del Norte lo llevan en las estatuas; él marca el paso de la civilización griega y romana á la moderna. Esto no es ni una genialidad mía ni una paradoja; nada más difícil de cambiar que una costumbre universal y diaria. Para desnudar y volver á vestir al hombre, es preciso demolerlo y refundirlo.

El rasgo propio del Renacimiento es el desuso de la gran espada de dos manos ó mandoble y de la armadura completa; el jubón abierto, la toca, el pantalón ajustado, muestran el paso de la vida feudal á la vida urbana. Ha sido necesaria la Re-

volución francesa para hacernos dejar la espada y el pantalón de bullones. Es que el plebeyo, hombre de negocios y enlodado con sus botas, su pantalón y su gabán, reemplaza hoy al cortesano de talones rojos, el hermoso parlanchín bordado, ornato de las antecámaras. Del mismo modo el desnudo es una invención de los griegos. Los lacedemonios lo encontraron al mismo tiempo que su régimen y su táctica militar: los demás griegos lo adoptaron hacia la XIV Olimpiada. A los ejercicios que el desnudo lleva consigo debieron indudablemente su superioridad militar. Dice Herodoto que si los bravos medos fueron vencidos en Platea, fué seguramente porque sus armas eran menos buenas, pero también porque estaban embarazados en sus amplios vestidos. Cada griego, tomado aisladamente, se encontraba así más ágil, con más destreza en sus miembros, más robusto, mejor preparado para el antiguo género de combate, que se trababa de hombre á hombre y cuerpo á cuerpo. Bajo este título, la desnudez era una parte del conjunto de instituciones y costumbres, y el signo visible por que se reconocía á la nación.

Heme aquí ya en la sala de los bustos. Sería mucho mejor hablar con frases graves y con exclamaciones, pero el carácter os salta á la vista; imposible notarlo de otro modo que por una frase desnuda. Después de todo, estos griegos y estos romanos eran hombres: ¿por qué no tratarlos como contemporáneos?

*Escipión el Africano.*—Una amplia cabeza sin cabellos, nada hermosa, las sienes aplastadas como las de los carniceros, pero la quijada sólida y los labios enérgicamente apretados de los dominadores.

† *Pompeyo el Grande*.—Aquí, como en la historia, es de segundo orden.

*Catón de Utica*.—Un escolar malhumorado, áspero, de grandes orejas, derecho y rígido, con las mejillas salientes de un lado, gruñón y de imaginación estrecha.

*Corbulón*.—Un cuello torcido, que tiene cólico, gesticulante y astuto.

*Aristóteles*.—Cabeza amplia y completa como la de Cuvier, un poco deformada por la mejilla derecha.

*Theofrasto*.—Rostro trabajado y lleno de angustia; es el que ha dicho sobre la felicidad la frase desesperada que comentaba Leopardi.

*Marco Aurelio*.—Su busto es uno de los que se encuentran más frecuentemente, y se le reconoce en seguida por sus ojos á flor de la cara. Es triste y noble, y su cabeza es la de un hombre completamente dominado por el cerebro: un soñador idealista.

*Demóstenes*.—Toda la energía y todo el arrojado de un hombre de acción: la frente es un poco deprimida, la mirada es como una espada: este es el perfecto combatiente, siempre arrojado.

*Terencio*.—Un meditabundo vacilante, con la frente baja, poco cráneo, el aire sombrío y triste. Era cliente de los Escipiones, pobre protegido, antiguo esclavo, purista delicado, poeta sentimental, y en su tiempo se prefería á sus comedias las danzas en la cuerda.

*Commodo*.—Cara fina y extraña, peligrosamente voluntariosa; los ojos á flor de la cara, un joven hermoso, un elegante que podrá hacer singulares cosas.

*Tiberio*.—No es noble, pero por el carácter y la capacidad puede llevar en su cabeza los negocios

de un imperio y la administración de cien millones de hombres.

*Caracalla*.—Cabeza violenta, vulgar y cuadrada, inquieta como la de una bestia salvaje que va á lanzarse.

*Nerón*.—Un hermoso cráneo lleno, pero de una alegría vil. Parece un actor, un primer cantante de ópera, fatuo y vicioso, enfermo de la imaginación y del cerebro: su rasgo principal es la barba en punta.

*Mesalina*.—No es nada hermosa y está adornada su cabeza con dos series de tirabuzones poco naturales. Tiene una vaga sonrisa fría que lastima el corazón. Es el siglo de las grandes cortesanas; ésta tenía la sinrazón, la cólera, la sensibilidad y la ferocidad de la especie. Ella es la que enternece un día por la elocuencia de un acusado, se retiró para enjugar sus lágrimas, y después recomendó á su marido que no le dejase escapar.

*Vespasiano*.—Un hombre fuerte, bien cimentado sobre facultades completas, presto á todo suceso, avisado, digno de ser Papa en el Renacimiento.

Ved aún en otra sala un busto: es de Trajano, imperialmente grandioso y formidable; el énfasis y la fiereza española brillan en él. Sería preciso leer aquí la *Historia Augusta*; estos bustos hablan más que los malos cronistas que nos quedan. Cada uno de ellos es el resumen de un carácter, y gracias al talento del escultor, que borra los accidentes, que suprime las particularidades nimias, se ve al instante este carácter.

A partir de los Antoninos, el arte se bastardea visiblemente. Muchas estatuas y bustos son cómicos sin quererlo, de un cómico desagradable y hasta odioso, como si se hubiera copiado la mueca de una vieja ética, el temblor de un hombre

gastado, las expresiones bajas y dolorosas de una máquina nerviosa descompuesta. La escultura se parece á la fotoescultura de nuestros días; se aproxima á la caricatura de tal ó cual estatua grande de mujer de torso desnudo, cabeza ceñuda, cubierta de postizos fofos...

Mientras uno sigue su sueño y conversa interiormente con todos estos seres de piedra, se escucha alrededor murmurar y cantar el agua que sale por la boca de los leones, y á cada vuelta de las galerías se ve un trozo de paisaje, tan pronto una gran masa de muro negruzco, por encima del cual brilla un naranjo, tan pronto una vasta escalera donde cuelgan hierbas trepadoras, tan pronto la mezcla de techos, torres, terrazas y el enorme Coliseo en el horizonte...

No quiero ver nada más hoy; sin embargo, ¿es posible no entrar en la galería vecina, sabiendo que encierra el *Rapto de Europa*, del Veronés? Hay otro en Venecia, pero éste, tal como se encuentra, alegra el corazón. Los grabados no dan la idea justa de él: hace falta ver á la amplia y fioreciente esclava con su vestido de color verde azulado pálido, inclinándose para sujetar el brazalete de su señora; la noble estatura, el gesto tranquilo de la joven que tiende el brazo hacia la corona llevada por los amores; la alegría y la voluptuosidad deliciosa que irradiaban de sus ojos rientes, de sus hermosas formas desarrolladas, de este brillo y de este concierto de colores fundidos. Europa está sentada sobre la más soberbia tela de seda amarilla y dorada, con listas negras; su vestido, violeta pálido y rosa, deja salir su pie de nieve; la camisa fruncida encuadra la suave redondez de la garganta; sus profundos ojos miran vagamente á los niños que juegan en el aire, en los brazos, en

el cuello; en las orejas centellean muchas perlas blancas.

El Foro está á dos pasos; se descende allí y se descansa. El cielo ostenta perfecta pureza; las líneas limpias de los muros, las viejas arcadas en minas, apoyadas unas sobre otras, se destacan en el azul como si hubieran sido trazadas con el lápiz más fino; gusta seguirlas, volver á ellas y seguirlas aún. La forma, en este aire límpido, tiene su belleza en sí misma, independientemente de la expresión y del color, como un círculo, un óvalo, una curva trazada en fondo claro. Poco á poco el azul se vuelve casi verde; este verde imperceptible se parece al de las piedras preciosas y á las aguas de fuente, pero más fino aún. No había en esta larga avenida nada más que cosas curiosas ó bellas: arcos de triunfo medio enterrados, colocados á través los unos de los otros; restos de columnas caídas, fustes enormes, capiteles al borde del camino; á la izquierda las bóvedas colosales de la basílica de Constantino, sembradas de plantas verdes colgantes; al otro lado las ruinas del palacio de los Césares, vasto montón de ladrillos enrojecidos, coronados por los árboles. San Cosme con su portal de columnas deterioradas, Santa Francisca con su elegante campanario; en el horizonte una línea negruzca de cipreses delgados; lejos aún, parecidas á un muelle en ruina, las arcadas que se caen del templo de Venus, y en el extremo, para cerrar el camino, el gigantesco Coliseo dorado con luz riente.

Sobre todas estas grandes cosas, la vida moderna se anida como una seta en un roble muerto. Balaustradas de pértigas á medio desbistar, como las de una fiesta de aldea, circundan el foso, del cual se elevan las columnas desenterra-

das de Júpiter Stator. La hierba crece sobre las pendientes inclinadas. Pilletes andrajosos juegan allí al tejo con piedras. Viejas en compañía de niños grasientos se calientan al sol entre las inmundicias. Frailes blancos ó pardos pasan; después escolares con sombreros negros, conducidos por un eclesiástico arrogante. Una fábrica de camas de hierro suena y resuena cerca de la basílica. A la entrada del Coliseo leéis una oración á la Virgen, que otorga cien días de indulgencia, y en esta oración se trata á la Virgen como una diosa independiente. Sin embargo, descubris aún grandes rasgos de la antigua raza y del antiguo genio. Algunas de estas viejas se parecen á las sibilas del Renacimiento. Tal aldeano con polainas de cuero, con su capa manchada de tierra, tiene la figura más admirable, la nariz chata, la barba griega, los ojos negros, habladores, centelleantes, de genio natural. Bajo las bóvedas de Constantino oía yo durante media hora una voz que parecía salmodiar letanías. Me aproximo, y encuentro un joven sentado en el suelo que leía en voz alta, con tono recitativo, delante de cinco ó seis galopines echados en el suelo, el combate de Rolando y de Marcilio en el *Orlando Furioso*. Volvéis á cenar al primer mesón que se encuentra, á casa de Lepri, un majadero sucio, peluquero, embadurnado con su viejo tupé grasiento, que le cae por la cara; se instala en la sala vecina, provisto de una mandolina y de un pianito portátil con pedales; con los brazos y los pies hace el canto y el acompañamiento, y os toca aires de Verdi y un final de *Sonámbula*: la delicadeza, elegancia, variedad y expresión de lo que toca, son admirables. Este pobre diablo tiene también un alma, el alma de un artista, y se olvida uno de comer al escucharlo.

### El Vaticano

Este es probablemente el mayor tesoro de escultura antigua que hay en el mundo. He aquí una página de griego que es preciso tener en la imaginación al recorrerlo:

«Les pregunté—dice Sócrates—respecto á los jóvenes, para saber si había entre ellos algunos eminentes en sabiduría ó en belleza, ó en ambas cosas á la vez. Entonces Critias, habiendo mirado hacia la puerta, vió algunos jóvenes que entraban y disputaban entre ellos, y detrás una multitud que los seguía, me dijo: «Puesto que hablas de belleza, Sócrates, vas á tener bien pronto que juzgar por tí mismo, porque los que entran son los precursores y amigos del más hermoso joven que existe hoy; yo creo que está muy cerca de aquí, y que va á llegar.—¿Quién es, pues, y de quién es hijo?—Tú lo conoces—respondió,—pero era de muy corta edad cuando partiste; es Charmidas, hijo de Glauco, nuestro tío y mi primo.—¡Por Júpiter!—dije;—sí, lo conozco; no era medianamente hermoso cuando niño, y debe serlo totalmente ahora, que es ya un joven. Vas á ver en seguida—me dijo—cuán grande y bello se ha vuelto. Y al mismo tiempo que decía esto, Charmidas entró.

»Me pareció admirable por la estatura y la belleza, y los demás que estaban allí me parecieron prendados de él, tan turbados y admirados estaban cuando entró; muchos otros, también cautivados por él, estaban aún detrás de los que le seguían. Que produjese esta impresión sobre nosotros, los

hombres, no es de admirar; pero noté que también entre los niños, aun los más pequeños, nadie miraba á otra parte, y que todos lo contéplaban como á una estatua.

»Entonces Cherefón me llamó:—¿Qué te parece el joven, Sócrates?—me dijo.—¿No es de rostro hermoso?—Maravillosamente hermoso—respondí.—Si quisiera desnudarse, el rostro te parecería nada; tan perfectamente hermoso es en toda su forma.—Los demás que estaban allí, dijeron lo mismo que Cherefón.

»—Charmidas—dije,—es natural que te coloques sobre los demás, pues nadie aquí, según pienso, podría mostrar en Atenas otras dos cosas cuya alianza pueda producir un ser más bello y mejor que aquellas de las que has salido tú. En efecto, vuestra familia paterna, la de Critias, hijo de Drópide, ha sido celebrada por Anacreonte, por Solón y por otros muchos poetas, como excelente en belleza, en virtudes y en todos los bienes en que el hombre cifra la felicidad. Y lo mismo la familia de tu madre, pues nadie parecía más hermoso ni más grande que tu tío Pylampio, siempre que se le enviaba de embajada cerca del gran rey ó cerca de algún otro del continente. Esta otra casa no cede en nada á la primera. Habiendo nacido de tales padres, es natural que seas en todo el primero.»

Con esta escena en la imaginación, se puede errar por las grandes salas y ver obrar y pensar á las estatuas; el Discóbulo, por ejemplo, y el joven atleta, copia, según se dice, de Lysippo. Este atleta acaba de correr, tiene en la mano un número, por el cual se ve que ha llegado el quinto, y se frota con la bruza. La cabeza es pequeña, la inteligencia no va más allá del ejercicio corporal que acaba de

hacer; esta gloria y esta ocupación le bastan. En efecto, en los más hermosos tiempos de Grecia, los triunfos gimnásticos parecían tan importantes, que muchos jóvenes se preparaban durante años, en casa de los maestros y con un régimen particular, como hoy día los caballos de carreras entre los domadores. Tiene el atleta aspecto un poco cansado, y quita con su bruza el sudor y el polvo pegado á su piel. Perdóneseme esta frase: se almohaza; la palabra es chocante en nuestra lengua, pero no lo era para los griegos, que no separaban como nosotros la vida humana de la vida animal. Homero, al enumerar los guerreros que están ante Troya, pone sin pensar en ello al mismo nivel los caballos y los hombres. «Están allí—dice—los jefes y los reyes de los griegos. Dime, ¡oh Musa! ¿quiénes eran los mejores entre los hombres y los mejores entre los caballos?»

Mas por otra parte, considerad qué carnes debía tomar semejante vida, qué solidez de tejidos y de tono darían á los músculos el aceite, el polvo, el sol, el movimiento y el sudor. En los *Rivales*, de Platón, el joven adiestrado en la gimnástica que se burla amargamente de su adversario por haberse hecho letrado y asiduo lector, le dice: «Sólo el ejercicio conserva el cuerpo. Ve á Sócrates, ese pobre hombre que no duerme ni come, que tiene el cuello rígido y delgado á fuerza de atormentar la imaginación.» Y todo el mundo se echa á reír al escuchar esto.

El cuerpo de este atleta es perfectamente hermoso, casi real, porque no es ni un dios ni un héroe. A causa de esto el dedo pequeño del pie está echado á perder, el antebrazo es demasiado delgado, la caída de los riñones está muy marcada, pero las piernas, sobre todo la derecha, vista

por detrás, tendrán la expansión y el arrojo de un galgo. Delante de una estatua semejante es donde nota uno claramente la diferencia que separa la civilización antigua de la nuestra. Una ciudad entera elegía para la lucha y la carrera los mejores jóvenes de las principales familias; asistía á los juegos; hombres y mujeres estaban allí; se comparaban las espaldas, las piernas, los pechos, todos los músculos en movimiento en los cien mil aspectos del esfuerzo. Un espectador ordinario era conocedor, como hoy día un jinete juzga á los caballos en un *derby* ó en un *carrousel*. A la vuelta, la ciudad acogía al vencedor con una ceremonia pública; á veces se le elegía por general. Su nombre figuraba en los fastos de la ciudad, su estatua era colocada entre las de los héroes protectores; el vencedor en la carrera daba su nombre á la olimpiada. Cuando los diez mil llegan á la vista del mar Negro y se sienten salvados, su primera idea es celebrar juegos: han escapado de los bárbaros: he aquí, en fin, la vida griega que recomienza. «Esta colina—dice Dracontios—es un terreno excelente para correr hasta donde se quiera.—Pero ¿cómo se podrá correr sobre un suelo tan rudo y tan leñoso?—¡Tanto peor para el que caiga!—Para la carrera del gran *estadio*, hubo más de sesenta cretenses; los demás se presentaron para la lucha, el pugilato y el pancracio (1). Y el espectáculo fué hermoso, pues hubo muchos atletas, y como sus compañeros miraban, hicieron grandes esfuerzos.»

Un siglo más tarde, en tiempos de Aristóteles, de Menandro y de Demóstenes, cuando la cultu-

(1) Ejercicio corporal que comprendía la lucha, el pugilato, el deseo, la carrera y la danza.—(N. del T).

ra del espíritu está completa, cuando la filosofía y la comedia tocan á su fin y á su decadencia, Alejandro, desembarcando en la Tróade, se desnuda con sus compañeros para honrar con carreras la tumba de Aquiles. Imaginaos á Napoleón haciendo esto mismo en su primera campaña de Italia. La acción correspondiente fué para él, lo supongo, abotonarse el uniforme y asistir, grave y rígido, al *tedium* en Milán.

Se puede ver lo perfecto de esta educación corporal en el joven atleta que lanza el disco, en la curvatura de su cuerpo inclinado á un lado, en el cálculo de todos sus miembros, que se tienden ó se pliegan para reunir la mayor fuerza posible. Una frase de Platón es bien aplicada á este asunto: divide la educación en dos ramas iguales, la gimnástica y la música. Por gimnástica entiende todo lo que toca á la formación y al ejercicio del cuerpo desnudo. Por música entiende todo lo que está comprendido en el canto, es decir, además de la música, las palabras y las ideas de los himnos y de los poemas que enseñan la justicia y la historia de los héroes. ¡Qué penetración y qué extensión de conocimientos sobre la juventud antigua! ¡Qué contraste si se le pone enfrente nuestra educación de *eruditones* y de baldados!

Una gran estatua acostada, el *Nilo*, cuya copia está en las Tullerías.—Nada más gracioso ni más fluido que los niñitos tan pequeños que juegan sobre su largo cuerpo; no se puede expresar mejor la amplitud, la tranquilidad, la vida vaga y casi divina de un río. ¡Un cuerpo divino! Estas dos palabras, en una lengua moderna, braman de verse juntas, es la idea madre de la civilización antigua. Detrás del Nilo hay encantadores jóvenes atletas, muy jóvenes, teniendo en la mano su

vasito de aceite; uno de ellos, que no tiene más de trece años, es el Lysio ó el Menexenas de Platón.

De tiempo en tiempo, se desentierran inscripciones que dan luz sobre estas costumbres y estos sentimientos tan alejados de nosotros. He aquí una, publicada este mismo año sobre un joven atleta de Thera y encontrada en el pedestal de su efigie. Los cuatro versos tienen la belleza, la sencillez y la fuerza de una estatua: «La victoria para el pugil es á precio de su sangre; pero este niño, aun caliente el hálito de la ruda batalla del pugilato, permanece firme para la pesada labor del pancracio, y la misma aurora ha visto Dorocleidas, dos veces coronado.»

Pero es preciso pensar en el mal al mismo tiempo que en el bien. El amor que sugería la vida de los gimnastas es una perversión de la naturaleza humana; á este respecto, los relatos de Platón son en verdad exorbitantes. Del mismo modo, estas costumbres antiguas, que en el hombre muestran el animal, desarrollan por compensación el animal en el hombre; allá arriba Aristófanés es escandaloso. Nos creemos ofendidos porque tenemos novelas crudas. ¿Qué diríamos si se representase su *Lysistrata* en uno de nuestros teatros? Felizmente, lo que la escultura muestra en este mundo singular es tan sólo la belleza. Una canéfora de pie, á la entrada del Braccio-Nuovo, se parece á la del Parthenón, aunque de trabajo secundario. Cuando una hija de las primeras familias no tenía por vestido, como aquella, más que una camisa, y por encima una media camisa; cuando tenía la costumbre de llevar vasos sobre su cabeza, y por consecuencia tenerse derecha; cuando por todo peinado recogía sus cabellos ó los dejaba caer en rizos; cuando el ros-

tro no estaba surcado por las mil pequeñas gracias y las mil preocupaciones burguesas, una mujer podía ostentar la tranquila actitud de esta estatua. Hoy queda un resto de aquello en las aldeanas de los alrededores, que llevan sus cestas en la cabeza, pero están estropeadas por el trabajo y los harapos. El seno de esta estatua aparece bajo la camisa; la túnica se adhiere, y visiblemente no es más que un lienzo; se ve la forma de la pierna que rompe la tela por la rodilla; los pies aparecen desnudos en las sandalias. Nada puede decirnos el serio aspecto natural del rostro. Ciertamente, si se pudiera ver la persona real con sus brazos blancos, sus cabellos negros, bajo la luz del sol, se doblarían las rodillas como ante una diosa, á impulsos del respeto y del placer.

Que se mire una estatua completamente velada, por ejemplo, la del Pudor: es evidente que el vestido antiguo no altera la forma del cuerpo; que los pliegues, fijos ó movidos, reciben del cuerpo sus formas y sus cambios; que se sigue sin trabajo el equilibrio de toda la osamenta, la redondez del hombro ó la cadera, el hueco de la espalda. La idea del hombre no era entonces, como entre nosotros, la de un espíritu puro ó impuro, ó un paletot de Dusantay ó un vestido de madama Alejandrina, sino la de un pecho, una espalda, unas articulaciones de los músculos, una espina dorsal con sus vértebras salientes y tendones del cuello, una pierna redondeada desde el talón hasta los riñones. Se ha dicho que Homero sabía anatomía, porque describe exactamente las heridas, la clavícula y el ileón: sabía simplemente del hombre, de su vientre ó de su tórax, lo que todo el mundo sabía entonces. Lo poco que yo he aprendido en la Escuela práctica me aclaraba las tres

cuartas partes de las cosas: imposible hoy comprender el pensamiento de estos artistas, si no se ha tocado por sí mismo la articulación del cuello y de los miembros, si no se ha adquirido antes la idea de las dos partes señoras del cuerpo, el busto móvil sobre el bacinete; si no se conoce el mecanismo que une todos los músculos, de la planta del pie á la pantorrilla, al muslo y á los huecos de los lomos, para enderezar á un hombre y mantenerlo de pie.

Nada de esto es posible sin el vestido antiguo. Ved la *Diana mirando á Endimión*. Su vestido cae hasta los pies; tiene, además de esto, una especie de segundo vestido ordinario, pero el pie está desnudo. Desde que el pie está calzado, como el de las lindas señoritas que pasean por aquí con un libro en la mano, no se ve el cuerpo natural, sino una máquina artificial. Lo que veis no es el ser humano, es una coraza articulada, excelente contra las intemperies y admirablemente lustrada para brillar en una habitación. La mujer, por la cultura y el vestido moderno, se ha convertido en una especie de escarabajo, hinchado por la cintura, rígido en su coselete luminoso, montado sobre patas secas y barnizadas, cargado de apéndices y de envolturas brillantes. Las cintas, los sombreros y las crinolinas tienen la agitación y los cambiantes de las antenas y del doble par de alas. Muy á menudo, como en un insecto, la cara se reduce á los ojos, á la expresión; el cuerpo entero tiene la actividad movедiza de un zángano; la mayor parte de la belleza consiste en la vivacidad nerviosa, sobre todo en el arreglo coquetón de la envoltura lustrada, en el aparejo complicado y adiamantado que hace ruido alrededor del cuerpo. Al contrario, aquí el pie desnudo muestra

en seguida que la larga túnica no es más que un velo sin importancia. El cinturón es una simple cuerda anudada por el primer nudo que cae por debajo del seno; ambos pechos levantan la tela; la túnica abrochada en el hombro, no es más ancha en este sitio que de dos dedos, de manera que se ve continuar el hombro hasta el brazo, que es amplio, fuerte, y no se parece á las patas filamentosas que penden hoy á ambos lados del corsé. Desde que hay corsé, no hay cuerpo natural; al contrario, toda esta vestimenta puede ponerse y quitarse en un instante, porque no es más que un lienzo que se ha tomado y en el cual se envuelve el cuerpo.

Todo esto se observa en el Braccio-Nuovo y en otra multitud de diferentes estatuas, como las de Augusto y Tiberio: al lado de cada gran figura hay un busto de emperador. No se puede notar todo; observo solamente una Julia, hija de Tito. El cuerpo es aún hermoso, pero la cabeza lleva rizos modernos. Este sólo adorno basta para destruir el efecto de la escultura y toda la idea antigua. De aquel sitio parte un largo corredor poblado también de restos griegos y romanos, y se llega al museo Pio-Clementino, donde las obras de arte están separadas y agrupadas cada una alrededor de alguna obra capital, en habitaciones de regular tamaño. Yo no digo nada de los objetos simplemente curiosos de la tumba de los Escipiones, tan estimada y preciosa para los anticuarios, tan sencilla de forma, y cuya piedra parece de ceniza cocida. Los hombres sepultados allí pertenecen á la generación de los grandes romanos que, por la conquista del Samnium y por la organización de las colonias, ha establecido el poder de Roma sobre Italia, y en consecuencia sobre el mundo

todo. Son los fundadores, los vencedores de Cartago, de Macedonia, y por lo demás no han hecho sino continuar su monumento. Este bloque de *peperina* (1) es una de las primeras piedras del edificio en que vivimos aún hoy día, y la inscripción parece la voz grave del muerto que duerme allí hace veintidós siglos:

CORNELIO LUCIO ESCIPIÓN EL BARBUDO,  
NACIDO DE SU PADRE CNEO, HOMBRE SABIO Y VALIENTE,  
CUYA BELLEZA ERA IGUAL Á SU VIRTUD.  
FUÉ CENSOR, CÓNSUL Y EDIL EN VUESTRA CIUDAD;  
TOMÓ Á TAURASIA Y Á CISANNA, EN EL SAMNIUM:  
SOMETIÓ TODA LA LUCANIA Y TRAJÓ REHENES.

He aquí las obras maestras: primero el *Torso*, tan alabado por Miguel Angel. En efecto, por la vida, el esfuerzo grandioso, la potente sujeción de los muslos, la fiereza del movimiento, la mezcla de pasión humana y de nobleza ideal, está conforme con el estilo de Miguel Angel. Un poco más lejos se halla el *Meleagro*, cuya copia se ve en las Tullerías. No es más que un cuerpo, pero uno de los más hermosos que he visto jamás. La cabeza, casi cuadrada, tallada á superficies sólidas, como la de Napoleón, no tiene más que una frente regular, y la expresión parece la de un hombre algo obstinado. Sea como quiera, nada indica allí la gran capacidad y flexibilidad de espíritu que nunca dejamos de dar á nuestras estatuas, y que sugiere en seguida al espectador la idea de ofrecer al pobre grande hombre, tan mal vestido, un pan-

(1) Peperina, piedra blanda de color gris, amarillento ó rojizo, propia de terrenos volcánicos: contiene fragmentos de balsalto, pómez, fonolita y otros minerales.—(N. del T.)

talón y un gabán. La belleza de éste se halla en el cuello potente y en el torso, tan bien continuado por el muslo; es un cazador y un guerrero, nada más: lo es así por los músculos de la curva como por la cabeza. Aquellas gentes habían inventado para la especie humana el sistema de las remonatas, y de aquí su rango en la historia. Los espartanos, que en los antiguos tiempos de Grecia han dado impulso á las demás ciudades, se prestan entre sí sus mujeres para tener injertos escogidos. Sobre esto, Platón, su admirador, aconseja á los magistrados que arreglen los matrimonios anuales de manera que los mejores hombres tengan las mejores mujeres. Jenofonte, por su parte, vitupera á Atenas, que no tiene nada parecido á esto, y elogia la educación de las mujeres espartanas, educación totalmente dispuesta para que procreen á la edad en que es lo más natural que tengan hermosos hijos. «Sus jovencitas—dice—se ejercitan en la carrera y en la lucha, y esto está sabiamente ordenado, pues ¿cómo unas mujeres educadas, según se quiere de ordinario, para hacer labores en tela y permanecer quietas habrán de procrear algo grande?» Observa que en sus matrimonios todo está ordenado desde este punto de vista. «Un viejo no puede guardar su mujer para sí: debe elegir, entre los jóvenes cuyos cuerpos y almas admira, un hombre que deberá llevar á su casa para que le dé hijos.» Se ve que este pueblo, que ha llevado lo más lejos posible el espíritu gimnástico y militar de la institución nacional, procura ante todo formar la raza.

Una rotonda pequeña al otro lado, encierra las obras maestras de Canova, tan alabadas, no sé por qué, por Stendhal; hay un *Perseo* que es un elegante afeminado; dos *Luchadores* que son

boxeadores rencorosos, carreteros desnudos ocupados en cambiar puñetazos. Ninguna obra intermedia entre la insulsez y la grosería, entre el lindo joven de salón y los descargadores del mercado. Esta impotencia muestra al instante la distinción entre lo antiguo y lo moderno. Continuando, se encuentra el *Mercurio* de Belvedere: es un hombre joven y de pie como Meleagro, pero aun más hermoso; el torso es más fuerte y la cabeza más fina: sobre su rostro flota una ligera expresión sonriente, una gracia y un pudor (1) de joven bien nacido, que sabe hablar, porque es de raza inteligente y elegida, pero que teme hablar, porque su alma es aún nueva. El efebo griego ante el cual Aristófanes hace comparecer en juicio al Justo y al Injusto, había corrido bastante, luchado y nadado para tener ese soberbio pecho y esos músculos tan ligeros: había permanecido bastante próximo á la sencillez primitiva, bastante exento de curiosidades, de disputas y de los refinamientos que comenzaban á introducirse entonces, para tener este rostro tranquilo. Esta tranquilidad es tan grande, que á la primera mirada se le tomaría por un aire de disgustado ó un poco triste.

El *Apolo* de Belvedere es de una edad más reciente y menos sencilla. Por hermoso que sea, tiene el defecto de ser un poco elegante, y debía agradar á Winckelmann y á los críticos del siglo XVIII. Sus cabellos crespos caen por detrás de la oreja con encantadora distinción y se levantan sobre la frente en una especie de diadema, como hecha para una mujer; su actitud da vagamente la idea de un hermoso joven lord que despide á un importuno. Ciertamente este *Apolo*

(1) *Infans pudor*.

tiene el *savoir vivre* (1) y además la conciencia de su posición; estoy seguro de que tiene criados.

El *Laocoonte* no es tampoco de edad muy antigua: yo creo que si estas dos estatuas fueron desde luego más admiradas que las otras, fué porque se debieron á un gusto más moderno que sus vecinas. Aquélla es un compromiso entre dos estilos y dos épocas, parecido á una tragedia de Eurípides. La gravedad y elevación del primer estilo subsisten aún en la colocación simétrica de los jóvenes, en la noble cabeza del padre que ha perdido fuerza y valor, y que frunce la frente sin gritar; pero el arte nuevo, sentimental y expresivo, se muestra en el carácter terrible y conmovedor del asunto, en la realidad atroz del cuerpo ondulante de las serpientes, en la debilidad enternecedora del pobre jovencito que muere en seguida, en lo acabado de los músculos, del torso y del pie, en la hinchazón dolorosa de las venas, en la minuciosa anatomía del sufrimiento. Aristófanes hubiera dicho de este grupo, como del *Hipólito* ó de la *Esfigenia* de Eurípides, que hace llorar, que no fortifica, que en lugar de cambiar las mujeres en hombres, cambia los hombres en mujeres.

Si los pasos de los visitantes no turbasen la paz de la sala, se pasaría aquí el día sin notarlo. Cada dios, cada héroe, reposa en su oratorio, rodeado de estatuas menores. Los cuatro oratorios son los rincones de un patio octogonal, alrededor del cual corre un pórtico. Cubos de basalto y de granito, sarcófagos cargados de figuritas, están situados aquí sobre el pavimento de mármol; sólo una fuente se agita y murmura en este san-

(1) Saber vivir, expresión ó giro francés muy corriente.

tuario de piedras inmóviles y de formas ideales. Un gran balcón se abre sobre la ciudad y el campo; desde esta altura se ve extenderse el espacio inmenso, los jardines, las poblaciones, las cúpulas, hermosos pinos, parasoles situados uno á uno en el aire límpido, hilas de cipreses negros sobre las blancuras y las claridades de la arquitectura, y en el horizonte una larga cadena de montañas, cuyos picos nevados suben hasta el azul del cielo.

He vuelto á pie por detrás del castillo de Sant-Angelo á lo largo del Tiber, sobre la orilla derecha: no se puede imaginar un contraste semejante. La orilla es una larga banda de arena inclinada, limitada por vallados espinosos y abandonada. Enfrente, en la alta orilla, se extiende una línea de viejas casas nuevas, detestables barracas jorobadas y amarillentas, manchadas por la filtración de las aguas y el contacto de la miseria humana: algunas sumergen en el río sus cimientos carcomidos; otras dejan entre ellas y él un patinillo infestado de inmundicias: no se puede imaginar á lo que puede llegar un muro que ha sufrido, durante cien años, las intemperies del aire y las desdichas del hogar. Todo este marco se parece al vestido ajado de una bruja, á no sé qué resto de trapos infectos y agujereados. El Tiber corre amarillo y fangoso entre este desierto y esta podredumbre.

Así, pues, el interés y lo pintoresco no faltan aquí jamás. Acá y allá, una ruina de antigua torre se sumerge perpendicularmente en el río; una plaza por debajo de una iglesia prolonga sus escalinatas hasta el agua, y barquichuelos se aproximan á las orillas. Diríase que era esto una de esas viejas estampas que se encuentran en nues-

tros muelles de París, medio borradas por la lluvia, desgarradas, grasientas, pero en las que se ve un trozo grandioso de fábrica ó de paisaje, al lado de un agujero, entre dos manchas de barro.

### El Panteón y las Termas de Caracalla

Se quedaría uno aquí tres ó cuatro años, y siempre estaría aprendiendo algo. Es Roma el mayor museo del mundo; todos los siglos han dejado aquí alguna cosa. ¿Qué es lo que puedo yo ver en un mes? Un hombre que tuviera tiempo para estudiar y supiera mirar, encontraría aquí, en una columna, en una tumba, en un arco de triunfo, en un acueducto, sobre todo en este palacio de los Césares que se desentierra, los medios de recomponer y traer ante sus ojos la Roma imperial. He visitado tres ó cuatro restos, y trato de adivinar algo sobre sus fragmentos.

El Panteón de Agrippa está en una plaza sucia y barroca, donde se estacionan miserables coches de alquiler espiando á los extranjeros. Tiendecillas de legumbres lanzan sus desperdicios sobre el pavimento negruzco, y grupos de aldeanos con grandes polainas y una piel de carnero sobre los hombros, esperan y miran, inmóviles, con los ojos brillantes. El pobre templo ha sufrido todo lo que puede sufrir un edificio: construcciones modernas se han adherido á su espalda y á sus lados; se le ha flanqueado con dos campanarios ridículos; se le han robado sus vigas y sus clavos de bronce para hacer las columnas del *baldaquino* de San Pedro. Durante largo tiempo, varias casuchas in-

crustadas en sus columnas han obstruido su pórtico; la tierra lo había escombrado de tal modo, que para llegar al interior, en lugar de subir se descendía. Aun hoy, restaurado como está, bajo sus tintes negruzcos, con sus hendiduras, sus mutilaciones y la inscripción medio borrada de su arquitrabe, tiene el aire de un estropeado y de un enfermo. A pesar de todo esto, la entrada es grandiosamente hermosa. Las ocho enormes columnas corintias del pórtico, las pilastras macizas, imponentes, las vigas del cornisamento y las puertas de bronce, anuncian una magnificencia de conquistadores y dominadores. Nuestro Panteón, puesto enfrente, parece una obra mezuquina, y cuando al cabo de un cuarto de hora se ha llegado á la abstracción de las degradaciones y de los enmohecimientos que ha sufrido esta obra; cuando se ha llegado á separar mentalmente el templo de sus alrededores modernos y antiguos; cuando se imagina el edificio blanco, brillante, con la novedad de sus mármoles, con el centelleo leonado de sus tejas de bronce, de sus vigas de bronce, del bajorrelieve de bronce que adornaba su frontón, tal como era cuando Agrippa, después del restablecimiento de la paz universal, lo dedicó á todos los dioses, se figura uno con admiración profunda el triunfo de Augusto, que acaba con esta fiesta, la reconciliación del universo sometido, el esplendor del imperio ya consumado, y se escucha la melopea solemne de los versos con que Virgilio celebra la gloria de este gran día. «Llevado por un triple triunfo ante los muros de Roma, Augusto consagraba á los dioses italianos un voto inmortal, trescientos templos magníficos en toda la ciudad. Las calles temblaban con la alegría, juegos y aplausos de todo un pueblo. En los templos

coros de mujeres, y en todos ellos altares; ante los altares, toros inmolados cubrían la tierra. El mismo Augusto, sentado en su trono de mármol del brillante Febo, pasa revista á los dones de los pueblos y los sujeta á las columnas soberbias. Las naciones vencidas avanzan en largo orden, tan diversas en armas y en espíritu como en lenguas. Nómadas africanos con túnicas colgantes, leléges y carios, los gelones armados de flechas, los morinos, los más lejanos de los hombres y los dahes indómitos. El Eufrates corre dócil, y el Araxe tiembla bajo el puente que lo ha vencido.»

Se entra en el templo bajo la alta cúpula que se extiende en todos sentidos como un cielo interior; la luz cae magníficamente desde gran elevación por la única abertura de la cima, y cerca de esta viva claridad, sombras frías y polvo transparente suben con lentitud á lo largo de las curvas. Alrededor las capillas de los antiguos dioses, cada una entre sus columnas, se alinean en círculo, siguiendo la muralla: la enormidad de la rotonda la repite aún; viven así reunidos y achicados, bajo la hospitalidad y la majestad del pueblo romano, única divinidad que subsiste en el universo conquistado. Tal es la impresión que deja esta arquitectura: no es sencilla como un templo griego; no corresponde á un sentimiento primitivo como la religión griega; indica una civilización avanzada, un arte calculado, una reflexión sabia. Aspira á lo grandioso, quiere excitar el asombro y la admiración; forma parte de un gobierno, completa un espectáculo; es una decoración en una fiesta, pero esta fiesta es la del imperio romano.

Se sigue marchando á lo largo del Foro, de sus tres arcos de triunfo, de las grandes bóvedas, de sus basílicas ruinosas y del enorme Coliseo. Ha-

bia allí tres ó cuatro además de éstos. Uno de ellos, el *Circo máximo*, podía contener cuatrocientos mil espectadores.

En un combate naval, en tiempo de Claudio, diez y nueve mil gladiadores combatieron; un tritón de plata salido del lago había dado la señal con su trompeta. Tal teatro podía contener veinte mil personas. Saboreando estas ideas se llega á las Termas de Caracalla, lo más grande, después del Coliseo, que se puede ver en Roma. En el fondo, todos estos colosos son señales del tiempo. La Roma imperial explotaba la costa del Mediterráneo, España, Francia y los dos tercios de Inglaterra, en provecho de cien mil ociosos. Se les divertía en el Coliseo, con descuartizamientos de bestias y hombres; en el gran Circo con luchas de atletas y carreras de carros; en el teatro de Marcelo con pantomimas, decoraciones y desfiles de armas y vestidos. Aquí se les bañaba, venían á hablar, á mirar las estatuas, á escuchar á un declamador y pasar al fresco las horas calurosas. Todo lo que se había inventado hasta aquí de cómodo, agradable ó hermoso, todo lo que se podía coger al mundo que fuese curioso ó magnífico, era para ellos. Los Césares los alimentaban y los divertían, tratando de complacerlos y procurando obtener sus aplausos. Un romano de la clase media podía en rigor considerar á los emperadores como intendentes (*procuratores*), obligados á administrar su hacienda ó evitarle el embarazo de los negocios, á proporcionarle barato ó gratis su trigo, su vino y su aceite, á darle suntuosas comidas y fiestas bien organizadas, á proporcionarle cuadros, estatuas, mímicos, gladiadores y leones; á despertar todas las mañanas su gusto estragado con alguna novedad sorprendente, y aun algunas veces á ha-

cerse histriones, aurigas, cantantes y gladiadores para su placer. A fin de alojar á este pueblo de entusiastas de una manera digna de su condición real, la arquitectura inventa formas grandiosas y nuevas. Los vastos edificios indican siempre algún exceso parecido, una concentración y una acumulación desmesurada de labor humana. Ved las catedrales góticas y las pirámides de Egipto, París contemporáneo y los Docks de Londres.

Al final de una larga fila de callejuelas, murallas blancas y jardines desiertos, aparece la gran ruina. Su forma no puede compararse con nada, y la línea que recorta en el cielo es la única. Ni las montañas, ni las colinas, ni los edificios, ni las obras naturales, ni las obras humanas nos pueden dar una idea; se parece á todo esto, es una obra humana que el tiempo y los accidentes han deformado y transformado hasta hacerla natural. En medio del aire, su cima de abolladuras embotadas, su cresta labrada de anchos huecos, su masa rojiza, sombría y muerta, gira silenciosamente sobre un lienzo de grandes nubes.

Se entra, y me parece que no se ha visto en el mundo nada tan grande; el Coliseo mismo no se le aproxima, tanto añaden la multiplicidad é irregularidad de los restos á la enormidad del inmenso recinto. Delante de estos montones de ladrillos rojizos y carcomidos; delante de estas bóvedas redondas, lanzadas como los arcos de un gran puente; ante estas moles que parecen derribarse, se pregunta uno si no ha habido allí una ciudad entera. Frecuentemente una bóveda está caída, y el macizo monstruoso que la sostiene se eleva en el aire con un resto de escalera, con un fragmento de arcada, del espesor de una casa, ventruada y deforme. A veces está partida por la mitad, y

parece que un trozo va á separarse y á rodar como una roca. Paredes de los muros y trozos de bóvedas doblegadas se han adherido allí, y los salientes amenazan disgregados en el aire vacío. Los patios están llenos de restos, y los pedazos de ladrillos, bajo el esfuerzo del tiempo, se han incrustado juntos tan apretadamente como los bloques de guijarros que el mar amontona. En otras partes, las arcadas intactas se escalonan unas sobre otras; el cielo cortado por su curva luce tras ellas, y en lo alto, sobre el rojo suave de los ladrillos, cabelleras verdosas de las plantas centellean y ondulan en medio del azul del cielo.

Hay profundidades sospechosas, donde la sombra húmeda nos arrastra entre negruras extrañas. La hiedra desciende, los hinojos, las anémonas y las malvas abundan en los bordes; medio envueltos bajo montones de piedras desmenuzadas, los cuerpos de columnas se hunden bajo un montón informe de hierbas trepadoras; el trébol de hojas gruesas tapiza las pendientes, robles pequeños verdes y rollizos, arbustos verdosos y millares de girasoles se inclinan sobre los salientes, se alojan en los huecos y sirven de penachos á las crestas con sus flores amarillas. Todo murmura con el viento, y los pájaros cantan en medio del más profundo silencio.

Distínguense aún las arcadas de la Pinacoteca, alta como una cúpula de iglesia, la gran sala redonda destinada á los baños de vapor, los enormes hemicírculos donde se daban los espectáculos. Suponed un club como el Ateneo de Londres, es decir, un palacio al uso de todo el mundo: este de las Termas era para uso de un mundo que, además de las necesidades del espíritu, tenía las del cuerpo; que iba no solamente para leer libros y

diarios, para contemplar obras de arte, para escuchar poetas y filósofos, para conversar y discutir, sino también para nadar, frotarse, transpirar, hasta luchar y correr, y en todo caso para mirar á los luchadores y corredores, pues Roma, desde este punto de vista, no era más que una Atenas agrandada. El mismo género de vida, los mismos instintos, las mismas costumbres, los mismos placeres se perpetúan allí. La única diferencia está en la proporción y en el momento. La ciudad se ha inflamado hasta encerrar señores á centenares de millar y esclavos por millones; pero de Jenofonte á Marco Aurelio, la educación gimnástica y oratoria no han cambiado; tienen siempre gusto de atletas y de oradores. En este sentido es preciso trabajar para agradarles á cuerpos desnudos ó *dilettantis* de estilo, á aficionados de decoración y de conversaciones á quienes se dirige uno. Nosotros no tenemos idea de esta vida corporal y pagana, ociosa y especulativa; el clima permanecido el mismo, pero el hombre se ha transformado, vistiéndose y haciéndose cristiano.

Se sube no sé cuántos pisos, y en la cima se encuentra el pavimento de las habitaciones superiores, un embaldosado de cubos pequeños de mármol. Los espartos y los arbustos han nacido allí y los separan á veces; por debajo de la costra de tierra se ve reaparecer un trazo intacto, casi fresco, del mosaico. Se contaban aquí mil seiscientos asientos de mármol pulimentado. En las Termas de Diocleciano había sitio para tres mil doscientos bañistas. Cuando desde esta altura se lanza la vista alrededor de sí, se distingue la planicie listada que se pierde de vista por los viejos acueductos, y del lado del monte Albano otras tres vastas ruinas, montones de arcadas ennegre-

parece que un trozo va á separarse y á rodar como una roca. Paredes de los muros y trozos de bóvedas doblegadas se han adherido allí, y los salientes amenazan disgregados en el aire vacío. Los patios están llenos de restos, y los pedazos de ladrillos, bajo el esfuerzo del tiempo, se han incrustado juntos tan apretadamente como los bloques de guijarros que el mar amontona. En otras partes, las arcadas intactas se escalonan unas sobre otras; el cielo cortado por su curva luce tras ellas, y en lo alto, sobre el rojo suave de los ladrillos, cabelleras verdosas de las plantas centellean y ondulan en medio del azul del cielo.

Hay profundidades sospechosas, donde la sombra húmeda nos arrastra entre negruras extrañas. La hiedra descende, los hinojos, las anémonas y las malvas abundan en los bordes; medio envueltos bajo montones de piedras desmenuzadas, los cuerpos de columnas se hunden bajo un montón informe de hierbas trepadoras; el trébol de hojas gruesas tapiza las pendientes, robles pequeños verdes y rollizos, arbustos verdosos y millares de girasoles se inclinan sobre los salientes, se alojan en los huecos y sirven de penachos á las crestas con sus flores amarillas. Todo murmura con el viento, y los pájaros cantan en medio del más profundo silencio.

Distínguense aún las arcadas de la Pinacoteca, alta como una cúpula de iglesia, la gran sala redonda destinada á los baños de vapor, los enormes hemicírculos donde se daban los espectáculos. Suponed un club como el Ateneo de Londres, es decir, un palacio al uso de todo el mundo: este de las Termas era para uso de un mundo que, además de las necesidades del espíritu, tenía las del cuerpo; que iba no solamente para leer libros y

diarios, para contemplar obras de arte, para escuchar poetas y filósofos, para conversar y discutir, sino también para nadar, frotarse, transpirar, hasta luchar y correr, y en todo caso para mirar á los luchadores y corredores, pues Roma, desde este punto de vista, no era más que una Atenas agrandada. El mismo género de vida, los mismos instintos, las mismas costumbres, los mismos placeres se perpetúan allí. La única diferencia está en la proporción y en el momento. La ciudad se ha inflamado hasta encerrar señores á centenares de millar y esclavos por millones; pero de Jenofonte á Marco Aurelio, la educación gimnástica y oratoria no han cambiado; tienen siempre gusto de atletas y de oradores. En este sentido es preciso trabajar para agradarles á cuerpos desnudos ó *dilettantis* de estilo, á aficionados de decoración y de conversaciones á quienes se dirige uno. Nosotros no tenemos idea de esta vida corporal y pagana, ociosa y especulativa; el clima ha permanecido el mismo, pero el hombre se ha transformado, vistiéndose y haciéndose cristiano.

Se sube no sé cuántos pisos, y en la cima se encuentra el pavimento de las habitaciones superiores, un embaldosado de cubos pequeños de mármol. Los espartos y los arbustos han nacido allí y los separan á veces; por debajo de la costra de tierra se ve reaparecer un trazo intacto, casi fresco, del mosaico. Se contaban aquí mil seiscientos asientos de mármol pulimentado. En las Termas de Diocleciano había sitio para tres mil doscientos bañistas. Cuando desde esta altura se lanza la vista alrededor de sí, se distingue la planicie listada que se pierde de vista por los viejos acueductos, y del lado del monte Albano otras tres vastas ruinas, montones de arcadas ennegre-

cidas ó rojizas, resquebrajadas, cortadas ladrillo á ladrillo, desmenuzadas por los siglos.

Se descende y se la mira aún: la sala de la piscina tiene ciento veinte pasos de longitud y aquella en que se desnudaban ochenta pies de altura: todo esto estaba revestido de mármol, y este mármol era tan hermoso, que de sus resolos se fabrican dijes de chimenea; se han sacado de él en el siglo XVI el *Hércules Farnesio*, el *Torso*, la *Venus Calipeda* y no sé cuántas otras obras maestras; en el siglo XVII, centenares de estatuas. Es probable que ningún pueblo encontrara las facilidades, las diversiones y sobre todo las bellezas que los romanos encontraban en Roma.

Es preciso venir aquí para comprender esta frase: «Una civilización distinta de la nuestra, distinta y diferente, pero en su género tan completa y tan fina.» Es otro animal, pero igualmente perfecto, como el mastodonte ante el elefante moderno.

En un rincón, al abrigo del viento, florecía el almendro más encantador, todo blanco como una joven adornada para el baile, por completo en flor, riente, atravesado por una lluvia de rayos de sol, caído por azar entre estos muros colosales, en el esqueleto carcomido del monstruo fósil.

## QUINTAS Y PALACIOS

---

### Las quintas

Nada me ha interesado tanto en las quintas romanas como sus dueños. Ya lo dicen los naturalistas: viendo la concha se adivina al caracol.

El lugar donde he empezado á verlo es la quinta Albani, edificada en el siglo XVII por el cardenal Alejandro Albani, sobre planos trazados por él mismo. Se adivina al punto al gran señor, al *hombre de corte* á la manera de los nobles franceses del siglo XVII. Hay sus diferencias, pero ambos gustos, el francés y el italiano, son bastante parecidos. Lo que ellos prefieren es seguramente el arte y el orden simétrico por cima de todo; ninguna libertad dejaron á la Naturaleza; todo en sus obras es artificial y ficticio. El agua no se lanza fuera del caño sino en surtidores ó penachos, ni tiene por lecho más que tazas y jarrones. Los macizos de hierba menuda están encerrados en enormes setos de madera, más altos que un hombre, espesos como murallas y formando triángulos geométricos, cuyos vértices todos van á parar á un centro. Por delante se extiende una empalizada, espesa y alineada, de cipreses enanos. Se sube de un trozo de jardín á otro por escalinatas muy anchas de piedra, parecidas á las